

II. RESÚMENES

TESIS DOCTORALES

JOSÉ MARÍA ESPARZA URROZ

**LA OBRA DE LOS ARQUITECTOS JOSÉ DE YARZA LAFUENTE
(1759-1833), JOSÉ DE YARZA MIÑANA (1801-1868) Y
FERNANDO DE YARZA FERNÁNDEZ-TREVIÑO (1841-1907)**

Abril de 2006 (Directora: Dra. Carmen Morte García)

Miembros del Tribunal: Presidente: Dr. Manuel García Guatas (Universidad de Zaragoza). Secretaria: Dra. Carmen Rábanos Faci (Universidad de Zaragoza).

Vocales: Dr. Enrique Bernad Royo (Universidad de Zaragoza), Dr. Agustín Bustamante García (Universidad Autónoma de Madrid) y Dr. Wifredo Rincón García (Instituto de Historia, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid).

La presente Tesis Doctoral responde al interés de analizar la vida y el quehacer artístico de estos tres artífices de la familia «Yarza» que trabajaron en Aragón desde la segunda mitad del siglo XVIII hasta principios del XX, perteneciendo a una saga de arquitectos que participaron en la arquitectura aragonesa principalmente desde el siglo XVII hasta nuestros días.

El punto de inicio de esta investigación fue la realización hace años de mi «memoria de licenciatura» con el tema *Aportación Documental sobre los proyectos de arquitectura de los «Yarza» en Zaragoza durante el siglo XIX*, donde elaboré un breve estudio sobre la vida y obra de José de Yarza Lafuente, José de Yarza Miñana y Fernando de Yarza, suponiendo un acercamiento inicial a su obra artística que posteriormente completé de forma más exhaustiva en esta Tesis, incluyendo en la misma algún otro aspecto a tener en cuenta, como el urbanístico, consiguiendo con esta investigación establecer un «puente de unión» entre los investigadores que habían trabajado a los «Yarza» de épocas anteriores y posteriores a los que centro mi estudio.

Para llevar a buen término este cometido utilicé el método *Histórico-Artístico*, empezando por estudiar de cada uno de los tres arquitectos «Yarza» el aprendizaje en la ciencia arquitectónica para analizar todas las obras y proyectos arquitectónicos que realizaron, tanto en la ciudad de Zaragoza como fuera de ella, el estilo artístico que utilizaron, sin dejar a un lado todos los acontecimientos históricos y sociales que vivieron, repercutiéndoles en algunos casos en sus trayectorias artísticas, todo ello con la finalidad de ver lo que aportaron a la arquitectura zaragozana y aragonesa.

El estudio de las escasas fuentes bibliográficas sobre esta saga de arquitectos y la consulta en los diferentes archivos en sus diferentes secciones tanto en la ciudad de Zaragoza —Diocesano, Municipal, Academia de Bellas Artes de San Luis, Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, parroquial de San Felipe y Santiago el Menor, de San Nicolás de Bari y el particular de la familia

«Averly»—, como fuera de ella —Histórico Nacional y el de la Academia de Bellas Artes de San Fernando, todo en Madrid y General de la Administración en Alcalá de Henares— contribuyeron de forma decisiva a la realización de esta investigación y a descubrir y analizar el quehacer artístico de estos tres artífices.

Era necesario hablar del urbanismo zaragozano de la época que les tocó vivir, centrándome en las contribuciones que aportaron cada uno de ellos al mismo, hecho evidente ya que los dos primeros arquitectos pertenecieron al Consistorio zaragozano, viendo como se experimentaban las transformaciones en una ciudad que hasta entonces se regía bajo los moldes del Antiguo Régimen, para sufrir el cambio a una ciudad moderna, siempre con las peculiaridades urbanísticas que se practicaron en este municipio, a diferencia de otros nacionales o europeos. Tuve en cuenta acontecimientos esenciales como la construcción del Canal Imperial de Aragón, el proyecto del Salón de Santa Engracia, actual paseo de la Independencia, la guerra de la Independencia, con los llamados «Sitios de Zaragoza» y sus repercusiones en la edilicia y urbanismo o la desamortización eclesiástica.

José de Yarza Lafuente

Nació en 1759 en Zaragoza. Hijo de Julián Yarza Lafuente, maestro de obras. Su formación teórica la inició en la escuela de dibujo bajo el patrocinio del conde de Fuentes, situada en su palacio del Coso. Posteriormente en el año de 1792 esta escuela se convertiría en Real Academia de Bellas Artes de San Luis.

La práctica del oficio de la construcción la aprendería en el taller de su padre, ocupando éste el cargo de maestro de obras en la fábrica de La Seo. En el año de 1784 requería del Cabildo Metropolitano de Zaragoza que le sustituyese su hijo, Yarza Lafuente en los momentos de enfermedad o ausencia. El Cabildo le concedió su petición y no sólo eso sino que a la muerte de su padre, Lafuente ocupará la titularidad de maestro de obras de la fábrica de La Seo.

Sus primeros encargos de importancia los realizará para el estamento religioso, por ejemplo en la reforma del Palacio Arzobispal de Zaragoza o su intervención en la iglesia parroquial de la Almunia de Doña Godina. También en estos años de finales del siglo XVIII intervendrá en otras obras civiles de escasa importancia sin olvidarse tampoco de lo religioso.

Ya entrado el siglo XIX, en los primeros años y antes de que llegase el conflicto bélico contra los franceses en la llamada Guerra de la Independencia, intervendrá principalmente en la reedificación del palacio del duque de Híjar y en algunas mejoras en La Seo, decorando la portada que da a la plaza de San Bruno, todo en Zaragoza.

Después del desastre producido por los llamados «Sitios» de 1808 y 1809, la ciudad de Zaragoza tendrá que hacer frente al proceso de reconstrucción de numerosos edificios, muchos de ellos emblemáticos, que por la contienda se habían quedado en ruina y Yarza Lafuente ya en los inicios de la segunda década del siglo XIX al obtener dos cargos en el Consistorio zaragozano, uno de ellos

como «maestro de obras» y el otro como «caballero corregidor», tendrá que intervenir en numerosos proyectos de reforma y visura de la edificación que había sobrevivido al conflicto bélico.

A parte de sus labores en la reconstrucción de la ciudad, Yarza Lafuente tendrá participación en el mundo académico en la recién creada Academia de Bellas Artes de San Luis de Zaragoza, otorgándole esta institución los títulos de «académico supernumerario» y el de «teniente director de arquitectura», impartiendo docencia en el aula de arquitectura.

Hasta el fin de sus días, Lafuente seguirá con sus trabajos tanto en la ciudad de Zaragoza como fuera de ella, en otros municipios aragoneses, tanto en edificios religiosos como civiles.

Yarza Lafuente desarrolló siempre todo su quehacer artístico con la categoría profesional de «maestro de obras», sin obtener el título de «arquitecto», que lógicamente daba más estatus a su profesión, aunque en algunos de sus escritos firma como arquitecto, sin que haya podido averiguar por la documentación cotejada si realmente ocupó este último cargo o simplemente rubricaba por tener más prestigio a nivel profesional.

Plasmando en ellas la estética del momento, o sea el «neoclasicismo», aunque no nos dejó para la posteridad un gran legado arquitectónico, si bien hay que reconocer que ha desaparecido por diversas causas bastante patrimonio artístico, este hecho no conlleva el no poder afirmar que lo que realmente realizó José de Yarza Lafuente fue el trabajo de un «maestro de obras» no de un «arquitecto».

Falleció en Zaragoza el 11 de diciembre de 1833 en su casa de la Puerta Quemada, actual calle del Heroísmo, dejando testamento, una familia en donde un hijo suyo continuará con el arte de la arquitectura.

José de Yarza Miñana

La ciudad de Zaragoza le vio nacer el año de 1801. Inició su formación estudiando matemáticas bajo la tutela del doctor Ramón Mateo. Ya con pocos años, concretamente en el año de 1815 empezó a trabajar junto a su padre en las obras de los Canales Imperiales de Aragón y Real de Tauste hasta el año de 1823, compaginando los estudios en la Academia de Bellas Artes de San Luis de Zaragoza. Parece ser que fue un alumno aventajado, como lo atestigua un documento en donde pide este arquitecto una certificación por el premio de primera clase en la rama de la arquitectura concedido en el año de 1817. Posteriormente, en el año de 1821 esta Academia le otorgará el título de «agrimensor» y poco después se le asignará la dirección de las salas del «director» y «teniente director» de arquitectura, finalizando en esta primera etapa de aprendizaje en la academia zaragozana con la consecución del cargo de «académico supernumerario» en la misma rama. Tan sólo le faltaba obtener el título de «arquitecto», sin que pudiera la academia zaragozana otorgárselo ya que no tenía potestad para tal fin, por eso tuvo que viajar a Madrid para examinarse en la Academia de Bellas Artes de San Fernando, concediéndole el citado título en el año de 1826.

De vuelta a la ciudad de Zaragoza, empezará a trabajar en varias obras de importancia como en la fábrica de la iglesia de Nuestra Señora del Portillo, su padre ya había intervenido en ella o en el convento de religiosos Capuchinos.

Posteriormente volverá a Madrid a la academia fernandina para conseguir la condición de «académico de mérito por la clase de arquitectura», lográndolo después de pasar las pruebas pertinentes en el año de 1830.

Seguirá cosechando éxitos profesionales, como el que le otorgó años después el Consistorio zaragozano, nombrándole «arquitecto municipal» en 1833, hecho que le proporcionó entrar en la Compañía de «Zapadores, Minadores y Bomberos», ocupando diversos rangos en la misma, como el de «teniente» o «capitán comandante», participando en el primer conflicto carlista de esos años. Acto seguido, con motivo de esta guerra dentro del Ayuntamiento de Zaragoza tendrá la finalidad de otorgar expedientes de vecindad a particulares ya que se perseguía cualquier ideología que no fuese de tendencia liberal.

Yarza Miñana en estos años también se empleará en numerosas obras y proyectos arquitectónicos dentro de la ciudad, por su condición de arquitecto municipal y años después entrará como «socio de número» de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País de Zaragoza. Será principalmente «académico de mérito por la clase de arquitectura» en las academias San Carlos de Valencia y de la Purísima Concepción de Valladolid y «director de la clase de arquitectura» y «tesorero», entre otros cargos, de la de Bellas Artes de San Luis de Zaragoza, consiguiendo otros grados, honores y condecoraciones a lo largo de toda su vida. También como su padre, se vinculará profesionalmente a la curia zaragozana, en este caso como arquitecto del Ilustre Cabildo Metropolitano de Zaragoza.

Trabjará a partir de la segunda mitad del siglo XIX en numerosos proyectos arquitectónicos, tanto religiosos como civiles, como en la reparación de la Torre Nueva de Zaragoza, siendo un defensor a ultranza de que se conservase este monumento tan significativo para los zaragozanos, en la remodelación del Teatro Principal de esta ciudad o en el Templo del Pilar, con la construcción de la cúpula central sin poder verla finalizada a causa de su muerte, terminándola el arquitecto Atienza.

José de Yarza Miñana plasmó en todos sus edificios las ideas academicistas que había aprendido de su padre y de las distintas academias por las que pasó, siendo un claro ejemplo de arquitecto seguidor de las ideas estéticas promulgadas por la Academia de San Fernando de Madrid. Desgraciadamente muchos de sus proyectos han desaparecido. Murió en Zaragoza el mes de enero de 1868, dejando familia y un hijo que seguirá los pasos de su padre.

Fernando de Yarza Fernández-Treviño

Nació en Zaragoza el día 29 de mayo de 1841. Obtuvo el título de arquitecto en la recién creada «Escuela de Arquitectura» de Madrid en 1866. En estos momentos y paulatinamente, se estaban perdiendo las ideas estéticas que durante

tantos años había impartido la Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Fernando de Madrid. Se buscaba en esta «escuela» la implantación de otros estilos artísticos como el «eclecticismo» que seguirá Fernando de Yarza en sus edificios, aunque a veces con tendencias academicistas sobre todo en los proyectos de fachadas para particulares que se construyeron dentro de la ciudad de Zaragoza. Con estos dos estilos trabajará a lo largo de su vida, aunque hay que mencionar el «modernismo» que reflejó en el discutido proyecto de fachada de la casa «Molins» ubicada en la calle de Alfonso I, número 2, firmado por este arquitecto en 1902.

En sus inicios participó como expositor en la «Exposición Aragonesa de 1868», ubicada en la actual plaza de Aragón, otorgándole el Jurado correspondiente un premio por la obra expuesta. Como su padre y abuelo tuvo relación con la Academia de Bellas Artes de San Luis de Zaragoza, obteniendo a lo largo de su vida los nombramientos de «académico por la clase de arquitectura» y el de «tesorero».

A diferencia de sus antepasados más directos en la profesión, su padre y abuelo, no poseyó ningún cargo permanente en el Consistorio zaragozano. Fue «arquitecto diocesano», lo que le permitió entrar en contacto con todos los proyectos de obras religiosas, tanto de reconstrucción como de reparación, efectuándose todas ellas dentro de la diócesis de Zaragoza. Así, lo vemos interviniendo en la reconstrucción de la iglesia parroquial de Alfamén, de la torre de la iglesia parroquial de Fuentes de Ebro y en las reparaciones de las iglesias de Codos, Leciñena, Muel y Rodén, entre otras.

Murió este arquitecto en Zaragoza en el año de 1907, en su casa de la calle de don Jaime I, dejando cinco hijos. De entre todos ellos, será José de Yarza Echenique en los inicios del siglo XX el que siga la misma profesión que su padre.

Finalmente quisiera recalcar la participación de estos artífices en numerosos proyectos y obras arquitectónicas, cada uno con su sello personal, contribuyendo en la historia de la arquitectura y del urbanismo tanto en la ciudad de Zaragoza como en Aragón, desafortunadamente sin que se conserve en la actualidad ningún edificio emblemático que pueda reflejar la abundante labor arquitectónica que tuvieron que desarrollar estos «Yarza» durante sus trayectorias profesionales.

EMILIO REINA GONZÁLEZ

**LA CULTURA MUSICAL ZARAGOZANA DE 1939
A LA DESAPARICIÓN DE LA
ORQUESTA SINFÓNICA DE ZARAGOZA (1939-1968)**

11 de julio de 2006 (Directores: Dr. José Luis Pano Gracia
y Dra. M.^a Trinidad Ibarz Ferré)

Miembros del Tribunal: Presidente: *Dr. Gonzalo M. Borrás Gualis (Universidad de Zaragoza)*. Secretario: *Dra. Concepción Lomba Serrano (Universidad de Zaragoza)*.

Vocales: *Dr. Guillermo Redondo Veintemillas (Universidad de Zaragoza)*,

Dr. José Vicente González Valle (CSIC, Barcelona)

y *Dr. Wifredo Rincón García (CSIC, Madrid)*

Siendo la música una de las áreas de más tardía incorporación en nuestro país a las ciencias históricas, no es de extrañar la existencia de numerosas lagunas en la historiografía existente, sobre todo, del pasado siglo XX, puesto que ya el pionero y creador de la musicología española moderna, Felipe Pedrell (1841-1922), dedicó la mayor parte de sus esfuerzos a la música antigua, lo mismo que toda la generación surgida con sus enseñanzas, los llamados por Carreras «Hijos de Pedrell», toda una generación formada con las enseñanzas de su trabajo y que dedicaron su estudio y atención, preferentemente a la música antigua española, lo que en realidad podríamos calificar como de arqueología musical.

Recuperado el pulso del tiempo por las últimas promociones de musicólogos, varios historiadores, a cuyo frente hemos de citar a Emilio Casares, han comenzado en las dos últimas décadas del XX a preocuparse por los numerosos y variados temas de estudio que requieren la atención de la música en España, llevando a los ulteriores estudiosos del tema a interesarse por los acontecimientos del pasado siglo en su más diversa variedad y tanto en temas de carácter general como local. Ésta es la razón por la que hemos elegido para nuestro trabajo lo más cercano en el tiempo y en el espacio a nosotros, es decir, el segundo tercio de la pasada centuria (1939-1968), incluso parcialmente vivida por el autor, así como el espacio en el que se desarrolla: Zaragoza. El tercer elemento es la cultura, musical en este caso y también vivida en profesión por el autor, con la que se completa el trío de conceptos básicos de la Antropología para justificar las adaptaciones humanas necesarias para explicar las teorías del relativismo cultural.

En esta línea de investigación, nuestro trabajo pretende, inicialmente, llenar uno de esos múltiples vacíos existentes en la historiografía musical española, siendo el principal objetivo del trabajo estudiar las razones por las que en una etapa de especiales dificultades sociales y políticas en el país, se produce el momento de mayor auge de la cultura musical zaragozana del siglo XX que termina precisamente en 1968 con la desaparición de la agrupación orquestal más representativa y carismática de la misma: la Orquesta Sinfónica de Zaragoza, todo un símbolo de la época, no sólo de carácter musical sino social.

El marco cronológico en el que centramos nuestra atención, que ocupa aproximadamente el tercio central del pasado siglo, está marcado por dos fechas muy concretas, 1939 y 1968. La primera estimamos que no extrañará a nadie por cuanto de punto de partida —más que de ruptura, que se había producido en 1936, al comienzo de la Guerra Civil—, supuso para todos los españoles que vivieron la época. Casi tres años de conflicto, tras los cuales las necesidades materiales y dificultades de todo tipo constituyeron el diario vivir durante una larga posguerra en la que el alineamiento de España al lado del eje Berlín-Roma en la II Guerra Mundial supuso, además, el aislamiento internacional al término de la misma. Es una fecha que, necesariamente, ha de estar representada en toda la historiografía que se refiera al siglo XX español porque representa un antes y un después y, en muchos casos, volver a empezar, porque si algo había de ilusión en las cosas, en el futuro y no se lo llevó la guerra, el nuevo orden acabó con ello. Nunca sabremos, por ejemplo, si los planes para la música, presentados por Adolfo Salazar en 1931 a petición del gobierno de la II República se hubieran realizado; lo que sí sabemos es que el levantamiento militar de 1936, apartó el proyecto y la victoria de los sublevados, en 1939, lo olvidó definitivamente como otras muchas cosas. Es, por lo tanto, un punto de arranque «natural» por lo que supone para la música de volver a andar el camino y en peores condiciones o de reconstrucción, lo mismo que muchos pueblos y ciudades.

La fecha límite del trabajo se ha establecido tomando como referencia 1968, año en el que un 13 de octubre ofrecía su último concierto la Orquesta Sinfónica de Zaragoza. A este respecto debemos de recordar que en cualquier pueblo culto la orquesta sinfónica se considera el buque insignia de la cultura musical, la bandera de la misma. El año es tristemente importante porque no sólo desaparece la orquesta como tal, sino que con ella lo hace toda una generación de músicos, por jubilación masiva debido a la edad de la mayoría de sus componentes, sobre todo de los músicos de la cuerda, que no encuentran relevo en sus filas, lo que supone la imposibilidad de la reorganización sinfónica y, en nuestro caso, uno de los puntos más importantes a la hora de analizar las causas que lo produjeron. El momento es especialmente grave para la música zaragozana por lo que supuso de final de una etapa de especial desarrollo, de todo un fenómeno musical que surgido en la ciudad en 1885, se cerraba en 1968, cuando todavía faltaban bastantes años para el centenario. Razones muy diferentes a las que, en ese mismo año, se están viviendo por cuestiones sociales y políticas en distintos lugares del mundo, como los sucedidos en el llamado «mayo francés», que durante diez días mantuvo paralizado el país vecino con una huelga general que puso en peligro la V República o la «primavera de Praga», otro caso que, aunque más lejano, es buena muestra de ese tiempo difícil y complejo, de «contestación», como se ha dado en denominar a este fenómeno por los historiadores. Circunstancias éstas que, utilizando el símil, nos permiten denominar la desaparición de la Orquesta Sinfónica de Zaragoza como el «otoño musical zaragozano», puesto que desde que se produjo no ha vuelto a existir en la ciudad otra

orquesta sinfónica estable, a pesar del gran desarrollo posterior existente en la misma.

Tras la debida contextualización dentro del marco político, cultural y social en el que tienen lugar los hechos que se desarrollan en el trabajo, éste se divide en cuatro grandes capítulos que constituyen los cuatro pilares en los que se sustenta la cultura musical: las sociedades musicales y culturales; las agrupaciones instrumentales; las agrupaciones corales y los centros de enseñanza.

En el primero se estudian las tres sociedades exclusivamente musicales existentes durante el periodo en la ciudad: la Sociedad Filarmónica, fundada en 1906, y que aunque permaneció inactiva entre 1936 a 1940, cuando reanudó sus sesiones lo hizo ya de forma continuada que llega hasta nuestros días por lo que, con una interrupción de cuatro años, ha cumplido su centenario; Sansueña, sección de música de cámara y moderna de la Sociedad Filarmónica que solamente funcionó de 1950 a 1954, y Juventudes Musicales, que iniciada su actividad en diciembre de 1956, ha cumplido sus bodas de oro si bien en tres etapas bien diferenciadas.

En este capítulo se estudian, además, todas aquellas sociedades culturales de la ciudad en las que, entre sus actividades, la música ocupaba un lugar importante en su programación. Así, desde el histórico Ateneo, fundado en 1864 y la Agrupación Artística Aragonesa, en 1918, que continuaban funcionando durante el tiempo que nos ocupa, hasta las constituidas durante la etapa, unas de carácter oficial, como la Institución «Fernando el Católico» (1943), dependiente de la Diputación Provincial de Zaragoza, o político como el Círculo Cultural «Medina» (1958), de la Sección Femenina de Falange Española, mientras otras como la Sociedad Cultural «Los Amigos del Arte» (1949), el Instituto Cultural Hispánico de Aragón (1950-1965), la Sociedad «Dante Alighieri» (1957) y Calibo (1958), son estrictamente culturales. Igualmente se estudian aquellas otras que sin organizar actividades musicales normalmente o muy de tarde en tarde, por diversas circunstancias aparecen ligadas a las mismas, como son el Centro Mercantil, Industrial y Agrícola (1875-1995), la Real Academia de Bellas Artes de San Luis (1792) y Acción Social Católica (1903).

El capítulo dedicado a las agrupaciones instrumentales comienza con la Orquesta Sinfónica de Zaragoza, fundada en 1949, la orquesta más importante que ha tenido Zaragoza y cuya desaparición se toma como referencia para el fin del presente trabajo. También figura la Orquesta de Cámara del Conservatorio de Música (1962-1964). Siguen las bandas de música, de las que la más antigua es la Banda Provincial (1892), entonces Banda del Hospicio que, activa en la actualidad es, por lo tanto, centenaria y la agrupación musical más antigua de Zaragoza. Afortunada la ciudad en este tipo de grupos, durante la etapa también nos hemos de referir a la efímera Banda Municipal de Música (1934-1945) y, sobre todo, a las bandas militares de las que durante la etapa, la ciudad contaba con dos: la de la Agrupación de Montaña núm. 5 y la de la Academia General Militar, aunque entre 1943 y 1945 se localiza la de la IV Región Aérea. Termina el capítulo con las escasas agrupaciones de cámara existentes, entonces, en la ciu-

dad; las rondallas; las agrupaciones de café concierto cuya presencia llega hasta 1961, incluyendo también los conjuntos de música «moderna» de la época.

Una actividad muy popular y presente en el desarrollo musical de cualquier cultura es el de las agrupaciones corales, de las que Zaragoza fue una de las avanzadas ciudades españolas con la fundación del Orfeón Zaragozano ya en 1890 y que llega hasta 1954, por lo que es el primero que figura en el capítulo correspondiente. Le siguen la secular Escolanía de infantes del Pilar y de la Seo, así como el esporádico Orfeón Universitario. Sin embargo, lo importante en este aspecto es el auge que los coros van a experimentar durante este periodo, ya que se fundan varios de ellos: Coral «Santa Cecilia» (1956-1964); Polifónica «Miguel Fleta» (1958); Coral «Zaragoza» (1965); Coral «San Antonio» (1965-1968), etc.

Y el cuarto pilar en el orden, que no el último en importancia, es el que se estudia en el capítulo dedicado a la enseñanza de la música, la base de la cultura musical. La ciudad, también aventajada en este aspecto, tuvo su Escuela de Música ya desde 1890, no apareciendo hasta 1931 un nuevo centro de enseñanza: el Conservatorio Aragonés de Música. Ambos centros, que se estudian como antecedentes del capítulo, deben unificarse en 1933 para constituir el Conservatorio de Música de Zaragoza con el reconocimiento oficial de sus enseñanzas desde entonces, por lo que cuando se inicia el periodo estudiado ya estaba creado como tal, llegando hasta nuestros días aunque con otra constitución, de forma que es el hilo conductor de cultura musical existente en la ciudad y la entidad musical de Zaragoza que, junto a la Sociedad Filarmónica, estaba antes, durante y después del período estudiado en el presente trabajo.

Ante la ausencia de material documental al respecto en gran parte de las entidades y agrupaciones estudiadas (algunas incluso desaparecidas) y tras la oportuna investigación en hemerotecas y archivos privados hemos podido reconstruir el calendario de actividades de todas ellas durante la etapa, igual que de aquellas agrupaciones musicales en las que ni siquiera existía archivo, lo que nos ha permitido acompañar el trabajo con un capítulo dedicado a la «Cronología de las sesiones musicales», suponiendo, en la mayoría de los casos, la primera noticia que en dichas entidades tienen de su propia actividad durante la etapa.

Termina la tesis con el correspondiente capítulo dedicado a las conclusiones, donde figuran tanto las razones y los hechos que hicieron posible alcanzar tal desarrollo musical en Zaragoza en una época especialmente difícil para todos, como las causas que llevaron a la desaparición de la Orquesta Sinfónica en un tiempo (1968) en el que precisamente el inicio del despegue económico era un hecho y la demanda de las enseñanzas musicales representaba una cifra importante de alumnos. Contradicción que hace más relevante, incluso hoy en día, el hecho de que mientras la enseñanza musical continúa su ascenso desde entonces, incluso con la construcción del gran edificio que alberga el Conservatorio Superior de Música, uno de los mejores de España y a nivel europeo, Zaragoza, Aragón, es la única comunidad que permanece ausente del mapa sinfónico español, sin orquesta estable.

Se acompaña el trabajo con gran cantidad de cuadros estadísticos, comparativos y de sesiones, lo mismo que de gráficos sobre la actividad de las entidades y agrupaciones más destacadas, así como fotografías de los personajes musicales más importantes de la ciudad durante la etapa estudiada.